

NOTA DE LA PUBLICADORA

Dios salva a la cantinera es la historia verídica de una familia que vivía en condiciones miserables. No conocía otra cosa. El autor nos presenta un relato cuidadoso, aunque franco. En algunos momentos, la historia resulta depresiva. Sin embargo, no olvidemos que para esta familia tales condiciones eran la realidad, día tras día... una vida sin esperanza, sumida en la angustia y la desesperación.

El maravilloso mensaje del libro es que, sin importar cuán oscura sea la condición de la persona, o cuán profundo haya caído, Jesucristo le ofrece redención, libertad, y una vida nueva. El poder del evangelio para transformar vidas estremecerá y bendecirá su corazón a través de este relato. Y si usted todavía vive en la oscuridad y la miseria, cobre ánimo. Usted puede tomar la decisión de seguir a Cristo como lo hicieron los Valverde, y encontrar por sí mismo lo que ellos encontraron: muerte a la vida vieja y nueva vida en Cristo.



En la ladera, más arriba de su casa, se encontraba el árbol favorito de Teodolinda, aunque no era más que un higuerón retorcido por el viento. Teodolinda se recostó contra el tronco y fijó la vista en la distancia donde se alcanzaba a dibujar la cordillera cubierta de nubes. Allá arriba, en algún lugar, se encontraba Zapotal, el lugar extraño del que su papá hablaba últimamente. *¿De verdad nos iremos a vivir a Zapotal?* se preguntó.

A la distancia, el yigüirro entonaba su canto melancólico. Cuando el ave nacional de Costa Rica canta, las lluvias están próximas. En pleno mes de abril, cuando todavía faltaba más de un mes para la llegada de la estación lluviosa, el yigüirro se impacientaba. Así también su padre, impaciente por trasladarse a Zapotal antes de que llegaran las lluvias.

Teodolinda miró hacia la bajura*. Medio oculta detrás de la loma empinada, la pequeña casa se aferraba al terreno como la joroba al lomo de un camello. La casa era sencilla: techo de palma, paredes de tablas y piso de tierra. Pero era su hogar.

Más allá de la casa, y a una gran distancia más abajo, se divisaban las llanuras costeras. Tras las llanuras, el océano mismo aparecía medio cubierto por la bruma de la tarde.

* llanuras



Teodolinda, que acaba de cumplir los diecisiete años, vestía de manera *tica* y modesta: un vestido celeste de algodón y el cabello recogido en un moño. Las manos, acostumbradas al trabajo duro en la casa y la finca, lucían ásperas. Los amigos y vecinos opinaban que Teodolinda ya tenía edad para casarse. Pero a ella no le llamaba la atención la idea, aunque la seguía más de un pretendiente. Por ahora no tenía intenciones de meterse en semejante compromiso como el matrimonio. Tampoco se emocionaba con la idea de trasladarse a Zapotal.

Mientras apoyaba su cuerpo trabajado y cansado contra el árbol, vagó en su mente por su niñez. La tristeza la invadió al recordar la muerte de su abuela. Teodolinda todavía recordaba sus propios gritos: “*¡Yo quiero ir! ¡Yo quiero ir!*”

Sus padres, Ramón y Angelina, no le permitieron ir a la vela. Ella amaba muchísimo a su abuela y deseaba ir a la vela y el entierro. Pero su mamá opinaba que ver a un muerto le haría daño.

—Cuida la casa y pórtate bien —respondió Angelina sin mucho miramiento—. Y cuida bien a los chiquillos.

Teodolinda se quedó en casa, pero lloró por largo rato. Luego decidió que la pasaría mejor trabajando. Además, el pequeño Avelino estaba hambriento. A sus cinco años de edad, Teodolinda ya sabía hacer los trabajos de la casa.

Teodolinda agitó las brasas del fogón, echó unos trozos de leña, y avivó el fuego. Luego buscó el banquito de madera que su padre Ramón le había hecho. El banquito le daba la altura necesaria para hacer los trabajos de la cocina. Teodolinda acercó el banquito al molendero*, donde se encontraba el molinillo de maíz. Luego cogió una taza y corrió a la olla de maíz cocido. Llenó la taza y volvió al molendero, subió al banquito y comenzó a girar el molinillo. La manivela era muy grande para ella, pero Teodolinda se las ingeniaba para hacerla girar. Ella sabía que sólo debía echar unos pocos granos de maíz a la vez. Si el molinillo se atoraba, ella no tendría la fuerza para hacerlo girar.

Aunque sólo podía moler unos pocos granos a la vez, pronto había recogido una pelotita de masa en la cacerola debajo del molinillo. En cuanto recogió suficiente para hacer una tortilla, procedió a poner la masa sobre el molendero para aplastarla con las manos. No salió ni parecida a las de Mamá, así

* mostrador de madera al lado de la pila o la cocina para trabajos de la cocina

que agarró un vaso y lo colocó boca abajo para cortar un disco redondito. Satisfecha, puso la tortilla en un comal de barro para freírla.

Avelino se comió la primera tortilla. La segunda fue para el bebé, y la tercera otra vez para Avelino. Finalmente, cuando ya estaba sudada y calurosa, Teodolinda se comió las últimas dos. Aquella noche, después de poner a los pequeños a dormir, Teodolinda lloró hasta dormirse.

* * *

Teodolinda se limpió las lágrimas que habían aflorado con los recuerdos. Todavía estaba recostada contra el árbol, con la vista perdida en la llanura y el golfo a la distancia. Ahora que había vuelto a la realidad, se sorprendió de que su madre todavía no hubiera notado su ausencia.

Subió a su árbol favorito y se acomodó entre las ramas fuertes para dejar que su mente empezara a vagar de nuevo. Otro día llegó a la memoria de Teodolinda: El día de la emboscada espantosa...

Cuando le quedaba algún tiempo, el padre de Teodolinda trabajaba para su vecino Gabriel. Él siempre estaba dispuesto a echarle una mano a Ramón cuando éste se encontraba en aprietos. Por su parte, Ramón estaba dispuesto a trabajar duro a cambio del dinero que Gabriel le pagaba. Los dos eran buenos amigos.

Cierto día, Gabriel le pidió a Ramón que se encargara de hacer un viaje al pueblo. Una vez por semana, Gabriel iba al pueblo a vender hortalizas y comprar abarrotes, pero esta vez quería que Ramón se encargara del viaje. Ramón quiso llevar a Teodolinda, y salieron hacia San Ramón con los bueyes finos de Gabriel y su carreta adornada.

Cuando caía la tarde, Ramón se dispuso a volver a casa, no sin antes pasar por la cantina a echarse unos tragos. Cuando inició el viaje de regreso, Ramón ya iba medio tomado, aunque no del todo borracho. El sol ya se ponía en el oeste.

La carreta avanzaba lentamente con su penoso traqueteo, y Teodolinda oía con admiración que su padre cantaba a todo pulmón. A sus siete años, y feliz porque la habían llevado al pueblo, Teodolinda se aferraba a los parales de la carreta. Estaba tan cansada que se hubiera dormido de no haber sido por la marcha brusca y espasmódica de la carreta.

Cuando faltaba poco para llegar a la finca de Gabriel, la calle subía una cuesta y atravesaba un trecho plano, flanqueado por matorrales a ambos lados. Los bueyes avanzaban muy lentamente mientras subían la cuesta. Ya había oscurecido, y Ramón había dejado de cantar. Iba cabizbajo, sumido en sus pensamientos. Teodolinda cabeceaba por el sueño.

Precisamente cuando los bueyes alcanzaron la cima, un grito espeluznante sobresaltó a los viajeros y los volvió a la vida de inmediato. Tres hombres salieron de los matorrales, gritando y blandiendo sus cutachas*. Los bueyes se detuvieron. Ramón apenas tuvo tiempo de saltar de la carreta y extender de frente el chuzo. Esta vez no andaba su cutacha.

Para sorpresa de Ramón, uno de los hombres enloquecidos gritó:

—¡Gabriel, párate y defiéndete, porque hoy vas a morir!

Ramón blandía el chuzo para mantener a los hombres a raya. Todo sucedía demasiado rápido.

Teodolinda seguía petrificada en la carreta. Los bueyes se inquietaron, pero estaban tan agotados que no se fugaron. Ramón no dejaba de repartir chuzazos mientras su mente tra-

* machete angosto, largo y recto

bajaba a toda velocidad. *Estos hombres tienen que ser los Jiménez, pensó. Ellos son enemigos a muerte de Gabriel y han jurado matarlo. Ellos creen que soy Gabriel, que viene de su viaje a San Ramón de todos los sábados.* Entonces Ramón supo qué hacer.

—¡Yo no soy Gabriel! ¡Soy Ramón Soto! —empezó a gritar—.

Los hombres se venían acercando a pesar de que Ramón lanzaba garrotazos con fuerza. Justo cuando Ramón empezó a gritar, una de las cutachas dio contra el dedo gordo de Ramón que apretaba el chuzo, y el tuquito* voló en el aire.

Cuando los gritos de Ramón penetraron en las mentes aturdidadas de los hombres, se detuvieron horrorizados. El hombre acorralado contra la carreta no era Gabriel. Era Ramón y ahora estaba herido. Los hombres se volvieron y huyeron.

Teodolinda gritaba y brincaba como loca en la carreta:

—¡Papito, se va a morir! ¡Se va a morir!

Ramón observó su mano ensangrentada y meneó la cabeza con tristeza. Con la otra mano se apretó el muñón para evitar el sangrado.

—Cálmate —le ordenó Ramón a Teodolinda—. No me voy a morir. Sólo me cortaron un dedo. Aunque por poco me matan. Mira, Teo, dale gracias a Dios que no me volaron la cabeza. Ellos creyeron que yo era Gabriel. Ven, hija, ayúdame, echemos a andar estos bueyes.

Teodolinda se acomodó hacia el frente de la carreta junto a su padre. Ramón no dejaba de apretar el muñón para detener el sangrado. Teodolinda agarró el chuzo ensangrentado y echó a andar los bueyes.

Bajaron la cuesta hasta el portón de la propiedad de Gabriel donde dejaron los bueyes y corrieron a la casa para lavarse y

* trozo pequeño

contarle a Angelina. Teodolinda seguía los pasos de su padre sin dejar de sollozar. Entre tanto, Gabriel había ensillado dos caballos. A toda prisa, Ramón y Gabriel cabalgaron hasta el hospital de San Ramón, donde Ramón permaneció una semana mientras le sanaba la herida. Teodolinda pasó angustiada y preocupada toda esa semana.

* * *

Repentinamente, los pensamientos de Teodolinda volvieron al presente cuando el yigüirro voló a una rama alta en el mismo árbol en que ella estaba. Teodolinda se quedó como una estatua, sin moverse, para que el ave no se fuera. El yigüirro ladeó la cabeza y la miró por largo rato. Luego, tras un leve maullido como el de un gato, el ave voló para buscar un lugar más seguro donde continuar con su canto. De nuevo la joven volvió a sus meditaciones. Esta vez, surgieron recuerdos más felices...

Teodolinda tenía ocho años y caminaba descalza por una tierra suave, recién arada. Aun ahora, años después, Teodolinda casi podía oler el aroma del suelo. En aquella ocasión llevaba un vestido gastado y pálido. El pelo le colgaba suelto, y sus piernas delgadas quedaban expuestas debido a que el vestido era corto. Amarrado a la cintura, llevaba un tarro* de lata con granos de maíz para sembrar.

Adelante, con su marcha fatigosa pero constante, avanzaba la yunta de su papá. Aquellos bueyes blancos eran el orgullo de Ramón Soto. Una yunta perfecta. Bueyes fuertes y grandes, en los que se había gastado mucho dinero. Pancho, el vecino, caminaba delante de la yunta. Un chuzo largo descansaba sobre el yugo. Cada tanto, don Pancho tocaba ligeramente a los bueyes con el chuzo para evitar que aminoraran el paso.

* bote o recipiente

Los bueyes seguían su marcha constante y la tierra se abría al paso del arado de un solo pico.

Ramón caminaba detrás de la yunta. Con sus brazos fuertes sujetaba el arado mientras caminaba a horcajadas sobre los surcos.

De último venía la pequeña Teodolinda. Ella también caminaba a horcajadas para no estropear el surco. Su corazón se henchía de orgullo cuando observaba la procesión. Su padre era un hombre trabajador. Él producía el mejor maíz de San Ramón.

Con la mano izquierda, Teodolinda hundía ligeramente el espeque en la tierra suave mientras metía la mano derecha en el tarro. Tras un tanteo rápido de los dedos sacaba tres granos de maíz. Luego se inclinaba hacia delante para lanzar los granos en el hoyito abierto por el espeque, y con el pie cubría las semillas con tierra. Acto seguido, daba un paso y se preparaba para repetir el proceso.

Cuando llegó el mediodía, Teodolinda estaba cansada. Finalmente vio al pequeño Avelino, de seis años, que caminaba hacia ellos con una alforja en el hombro. Teodolinda sabía muy bien lo que eso significaba. Dejó de sembrar y corrió a encontrarse con su hermano bajo la sombra de un árbol. Buscó un viejo saco que luego extendió sobre el suelo. De inmediato vació sobre el saco todo el contenido de la alforja. Las tortillas venían envueltas en una manta para que se mantuvieran calentitas. Primero colocó las tortillas en un extremo del saco sin desenvolver la manta. Luego puso tres tazones con frijoles y huevos revueltos. En el centro colocó un recipiente con limonada y tres vasos de lata. Una vez “puesta la mesa”, gritó:

—Papito, el almuerzo está listo.

Ramón soltó el arado y llevó los bueyes a la sombra de otro árbol. Allí quedaron, bañados en sudor por el arduo trabajo. Tendrían una hora para descansar, al igual que los obreros. Luego tendrían que arar de nuevo hasta la puesta del sol.

Teodolinda tomó su almuerzo y se sentó aparte, junto al tronco de un árbol. El pequeño Avelino observaba desde cierta distancia. Después de comer, Teodolinda se tendió sobre la hierba para descansar. Se sentía feliz. Ella deseaba que no lloviera aquella tarde como sucedía a menudo durante la siembra del maíz. Si llovía, tendrían que dejar el trabajo y volver a casa. A ella le encantaba trabajar en el campo con Papito. Trabajar en el campo era mucho más bonito que trabajar en la casa. Ella amaba a su Papito. Y para él, ella era su “muchacho”.

* * *

—¡Teodolinda! ¡Teodolinda! —la voz de Mamá la despertó de su dulce sueño. Era fácil para Mamá saber dónde encontrarla. Teodolinda siempre acudía al mismo lugar cuando estaba cansada y quería darse una escapadita. Siendo la hija mayor, Teodolinda ayudaba a su madre con los muchos quehaceres de una casa llena de hijos: seis hijas además de ella y cinco varones. Pero su madre todavía no llegaría buscarla... ella podía soñar otro ratito.

Ahora, Teodolinda recordó la vez en que las hormigas ronchadoras habían invadido la casa durante la noche. Toda la familia tuvo que abandonar la casa y dormir en el campo esa noche. Las hormigas barrieron con todo. Devoraron cada cucaracha, alacrán e insecto que encontraron.

Teodolinda también recordaba los muchos temblores. Su familia vivía cerca de una gran falla. Una noche, la familia despertó mientras la casa se sacudía violentamente. Los manojos